

Rosita ha comprendido perfectamente, sin duda, que por muy bella que sea esta soledad en que nos encontramos, podría llegar un momento en que nos aburriera, y ha dirigido algunas invitaciones á sus conocimientos de la sociedad, y nos estamos ocupando en hacer los preparativos para recibir á estos dignos provincianos y provincianas.—Adios, querido amigo.



IV

Me he engañado otra vez.

Había creído que Rosa representaba conmigo un papel interesado, y mi mal corazón, incapaz de amar, se daba semejante razón para librarse del peso de un reconocimiento que no quería soportar.

Con gran alegría acogí esta idea, para escusarme á mí mismo, y, con gran pesar mío, no tengo más remedio que confesar que había pensado mal, y que no existe nada más falso que lo que yo había pensado.

Rosita no representaba ningún papel; si alguna mujer hay sincera, es ésta.

Y esta sinceridad, que no tengo más remedio que reconocer, es un nuevo vínculo que la une á mí, y que hace la ruptura más difícil, menos excusable.

La hubiera preferido falsa y voluble.

¡Qué singular situación es ésta!

Quiero marcharme, y me quedo; quisiera decir te odio, y tengo que decir te amo.

Puedo asegurarte en que hay momentos en que me irrito conmigo mismo y he de sostener luchas terribles entre las evidencias de un amor que no puedo menos de reconocer, y estas negruras de mi espíritu que me lanzan por unos derroteros que no se donde me conducirán.

La soledad me es más perjudicial que la sociedad, aún cuando deseo más la primera que la segunda. Pero comprendo que todo aquello que me da algún prestigio, me es saludable.

La sociedad me fastidia, me cansa más, me arranca forzosamente de ese peligroso ensimismamiento, durante el cual no hago otra cosa que subir y bajar por una espiral con la cabeza baja y los brazos cruzados.

Por esta razón, desde que tenemos en el castillo los invitados por Rosa, me veo obligado á contener me un poco, mi mal humor ha cedido algo y no estoy tan sugeto á esos deseos insaciables que asaltan mi corazón como bandada de cuervos, en el momento que me encuentro desocupado.

Entre las personas que habitan el castillo, hay algunas señoras bastante lindas y dos ó tres jóvenes muy alegres y muy amables, si bien todos participan de ese aire provinciano que tanto se advierte por los que estamos acostumbrados á vivir en las grandes capitales.

Entre todos estos huéspedes, hay un caballero que llegó hace dos ó tres días, que desde su llegada me ha sido simpático.

Me llamó la atención desde que le ví apearse del caballo. Es imposible imaginarse nada más elegante y apuesto.

No es muy alto, pero tan bien proporcionado, que atrae desde el primer momento todas las miradas.

Hay algo de encantadora dejadez en su modo de andar y en sus movimientos, lo que en vez de perjudicarle, parece que le da mayor atractivo.

Tiene un pié y una mano que muchas mujeres le envidiarían. El único defecto que le encuentro, es su belleza y aquella delicadeza de facciones que parecen impropias de un hombre.

Sus ojos son negros, rasgados, ojos de una superioridad extraordinaria, de indefinible expresión, y cuya mirada es difícil sostener.

Sus cabellos negros y brillantes, flotan sobre su cuello en gruesos bucles, prestando á su cabeza un carácter verdaderamente extraño.

He aquí uno de esos tipos de belleza que yo había soñado y que cuando menos lo podía esperar, lo veo realizado delante de mí.

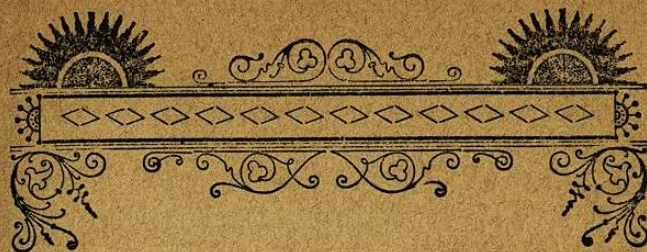
Que lástima que sea un hombre, y que lástima que yo no sea una mujer.

Este Adonis, que á su preciosa figura une una inteligencia clara y superior, disfruta además del privilegio de tener al servicio de sus frases discretas y de sus bromas de un gusto delicado, una voz tan argentina, tan armoniosa, que es difícil escucharla sin sentirse emocionado.

Es verdaderamente perfecto y parece que participa de mis gustos respecto á la posesión de lo mejor, porque sus trages son tan elegantes como ricos, su caballo arrogante y de pura raza, y para que en él todo sea completo, hasta el *groom* que le acompaña y que monta una jaquita admirablemente cortada, representa de catorce á quince años, es rubio, sonrosado, lindo como un serafín, y que estaba tan fatigado del viaje que acababa de hacer, que su dueño se vió obligado á bajarle de la silla y llevarle en sus brazos hasta la habitación que le estaba designada.

Rosita le ha hecho una cariñosa acogida, y me parece que ha pensado servirse de él para despertar mis celos, haciendo renacer así un poco del fuego que duerme bajo las cenizas de mi pasión agotada.

Por peligroso que sea un rival semejante, no me encuentro dispuesto á ser celoso, y de tal modo me siento atraído hácia él, que de buena gana renunciaría á mi amor con tal de conservar su amistad.



V

Al llegar á este punto, si el benévolo lector quiere permitirnoslo, abandonaremos por algún tiempo á sus locos ensueños, el digno personaje que hasta aquí á ocupado el sólo toda la escena hablando por su propia cuenta, para entrar en la fórmula ordinaria de la novela, reservándonos sin embargo, el derecho de adoptar para la continuación, la forma dramática si es necesaria, y también el derecho de proseguir la conferencia epistolar que este ca-